

Respecto a Jn 19,27 cita a Brown que escribe: «La presentación de la madre de Jesús como madre del discípulo predilecto parece evocar ciertos temas del Antiguo Testamento, como el de Sión que da a luz a un nuevo pueblo en la edad mesiánica, y el de Eva y su descendencia». Y añade: «Sin embargo, sería prudente no ir más allá de un simple reconocimiento de que se trata de una alusión a la nueva familia, la Iglesia, y al poder soberano de Jesús» (p. 842).

La edición está muy cuidada en su presentación tipográfica, aunque resulta un volumen muy grueso. Quizás hubiera sido preferible hacerlo en dos volúmenes como hizo la editorial con el comentario al IV Evangelio de Brown.

Antonio García-Moreno

**Antonio GARCÍA MORENO**, *Pueblo, Iglesia y Reino de Dios*, ed. Rialp, Madrid 2003, 248 pp., 16 x 24, ISBN 84-321-3461-9.

Los tres términos del título indican el contenido del libro y conducen al lector al tema central que es el Reino de Dios. No dan a entender que sean las tres partes o tres capítulos; son más bien tres elementos complementarios de la misma realidad. Haciendo suya una frase de Cerfaux el A. señala que «la Iglesia es ya el Reino en trance de realizarse» (p. 101), al hilo del n. 5 de *Lumen Gentium* afirma que «en la Iglesia se realiza el Reino» aunque de manera incipiente y parcial (p. 103), y en otro lugar dice «al fin y al cabo, la Iglesia no es otra cosa que el Pueblo de Dios» (p. 133).

El objetivo del libro, por tanto, es exponer desde el punto de vista bíblico, teológico y ascético-pastoral lo que encierra la expresión *Reino de Dios*. Los

tres capítulos de que consta el libro son tres ángulos desde donde se contempla la misma realidad, aunque el A., desde su honestidad intelectual, adelanta que no pretende agotar todas las cuestiones que pueden plantearse al abordar un tema de tanta envergadura.

El capítulo primero, *Panorámicas sobre el Reino*, presenta una visión de conjunto del tratamiento del Reino en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Con lenguaje sencillo recorre la historia de la salvación poniendo de relieve cómo la soberanía de Dios resplandece ya en el relato de la creación, queda reflejada durante la etapa monárquica tal como la relata la Historia Deuteronomista, y se anuncia en la predicación de los profetas. Con rigor de experto, y huyendo de tecnicismos inútiles, el A. explica la proclamación del Reino en los Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles. El último apartado de este capítulo es una exposición impregnada de honda piedad del puesto de honor que María la Virgen ocupa en la proclamación del Reino.

El capítulo segundo, *El Pueblo y el Reino*, aborda un aspecto importante y muy de hoy, la religiosidad popular como expresión de la respuesta del pueblo sencillo al mensaje del Evangelio. Reelabora una conferencia que el A. pronunció como parte de la XXX Semana misionera de Burgos en el año 1979, y que sigue teniendo actualidad y fuerza. Pone de relieve cómo el Reino de Dios «se desarrolla y crece dentro de la gente que forma el Pueblo de Dios, en cuyas entrañas late y anima el Espíritu Santo» (p. 166). Los más sencillos fueron los que con mayor calor acogieron a Jesús y su mensaje; ya en el Antiguo Testamento se narra que Dios quiso elegir *un pueblo* como propio, hacer con él una Alianza, e irlo preparando hasta que, como seña-

la Lc 1,17 «el precursor preparó un pueblo bien dispuesto» para acoger al Mesías (cfr. p. 141). Tanto en el Nuevo Testamento como en la vida de la Iglesia se constata que el pueblo llano, aunque a veces se muestra hostil y refractario al mensaje cristiano, tiene un fondo de autenticidad y una predisposición congénita a aceptar el Reino de Dios.

En el capítulo tercero, *Los bienes del Reino*, se desarrollan con tino y naturalidad los elementos centrales del Reino: la salvación en todas sus vertientes, personal, comunitaria y escatológica, el don de la vida tanto la terrena como la espiritual y eterna, la unión con Dios en cuanto anhelo íntimo del hombre y como exigencia ascética, la posesión de la tierra, exponente de la historia de la salvación y símbolo de la bienaventuranza, el consuelo, la misericordia, y la filiación divina, máximo don y reflejo del Reino.

A pesar de que el libro está escrito sin ambiciones científicas, no carece de hondura bíblica y teológica. Las notas abundantes colocadas al final de cada capítulo son buen exponente de ello. Sin interrumpir la lectura de lo esencial abren un panorama espléndido para el lector interesado en una profundización más precisa. El libro, como otros muchos del mismo autor, será leído con gusto y aprovechamiento por quienes sienten afán por fundamentar su fe y su vivencia cristiana en el mensaje de la Biblia.

Santiago Ausín

**Frédéric MANNs**, *L'Évangile de Jean et la Sagesse*, Franciscan Printing Press, Jerusalem 2003, 316 pp., 17 x 24, ISBN 965-516-051-3.

El profesor F. Manns abordó anteriormente el tema del judaísmo en el IV

Evangelio (cfr. *Scripta Theologica* 25 [1993] 292-297). En este volumen se fija de modo particular en el libro de la Sabiduría. En la Introducción parte de la base de que estamos ante un libro testimonial, donde el Discípulo amado «garantiza la fidelidad histórica del mensaje transmitido a la comunidad cristiana» (p. 5). Considera que en Jn 13,3b («...sabiendo que había salido de Dios y que a Dios volvía...») está la clave de la división del IV Evangelio. Es decir, se trata de una llegada (pp. 1-12) y de un retorno (pp. 13-20). En efecto, en la primera parte (pp. 1-12), propone en el libro de los signos los discursos de revelación, donde el tema de la luz se destaca mediante una inclusión (cfr. Jn 1,4-8 y 12,35-36). En cambio, en la segunda parte (pp. 13-20) se ilustra el retorno de Jesús al Padre y la culminación de su amor en la Cruz. De forma inclusiva se engloba el tema de la divinidad del Verbo (cfr. Jn 1,1 y 20,28) en todo el Evangelio (p. 5).

Estima que los evangelistas intentaron la inculturación del mensaje de Jesús en el mundo de entonces. El Evangelio de Juan, redactado sin duda en Éfeso, refleja la preocupación de difundirlo en el ambiente helenístico. En el judaísmo, el libro de la Sabiduría aparece como el ensayo con mejor resultado de integración, pues consigue acercar la revelación bíblica a la reflexión del mundo griego. Cuando el templo es destruido y el judaísmo se repliega en la tradición de los fariseos, la escuela joánica se aproxima al helenismo abierta a sus corrientes de pensamiento. Para ello opta por la línea sapiencial, e insiste en la reunión de los hijos de Dios dispersos, sin abandonar su fidelidad a la herencia judaica (cfr. p. 6). Deja claro que su estudio se mueve en el texto tal como lo tenemos hoy. No rechaza la diacronía, sin embargo opta con decisión por una exégesis sincrónica (cfr. pp. 9, 181, 253, 284).